

**FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA**  
**Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat**  
**30 de diciembre de 2007**  
**Mt 2, 13-15. 19-23**

Celebrando durante ocho días como si fueran todos juntos uno solo, la solemnidad de la Navidad, hoy hermanos, nos invita a contemplar en el misterio de la familia de Nazaret la misión de la familia cristiana.

Esta misión la podemos descubrir en la parábola viva que supuso la misma infancia azarosa de Jesús. Jesús es el Mesías, el Salvador, y en él el nuevo Israel empezó el Éxodo verdadero que lo llevó a la Tierra Prometida definitiva.

En el gesto tan humano de supervivencia de san José huyendo hacia Egipto, el evangelista descubre un signo del cumplimiento de la promesa de Dios. El pequeño Emmanuel es el Hijo que Dios llama desde Egipto, inaugurando el nuevo Éxodo, para entrar por su pasión, muerte y resurrección en la verdadera tierra prometida que es la Casa de Dios. Con Jesús también son llamados todos sus discípulos que por la obediencia a su Palabra se convierten en familiares suyos. Por eso los discípulos tenemos que hacer como el Maestro la experiencia del desierto, a él le fue oportuna para compartir humanamente nuestras inseguridades y nuestros miedos, y redimirlas; a nosotros nos es necesaria esta experiencia de Éxodo para descubrir la presencia de Dios en lo cotidiano y experimentar así la redención. Esta experiencia que forma parte de la vida individual del creyente, la Iglesia nos invitará de nuevo a hacerla en comunidad durante la cuaresma del nuevo año que estamos a punto de empezar.

En el episodio evangélico de hoy sobresale una actitud básica de esta experiencia del desierto. La sensibilidad a la Palabra de Dios. Para san José fue un sueño lo que le hizo entender la voluntad de Dios. El sueño de José es la respuesta clara en medio de la oscuridad y la desazón de su inseguridad. El sueño de José nos dice que la Palabra de Dios es de fiar: aunque sea de noche, a oscuras, la obediencia pronta a ésta Palabra nos hace ver que la duda y la oscuridad forman parte del caminar de los hijos de la luz. La noche no es necesariamente una derrota, en la noche también se puede y se tiene que luchar y caminar. La pintura de Cusachs que hay en esta Basílica en la capilla de la sagrada Familia me ha hecho pensar. Toda la luz del cuadro sale del cuerpo menudo y fajado de este Niño que sostiene la Virgen en brazos, y José, encariñado con la madre y el Chico, ambos sobre la cabalgadura humilde de un burrito, que parece caminar seguro a pesar de las piedras que el pintor ha puesto ante sus pasos. Sí, la Palabra de Dios es de fiar. En ella podemos dejarnos tamizar sin rompernos por los acontecimientos de la vida, y por eso nos hace falta una actitud parecida a la de José, el hombre bueno, el hombre lleno de confianza pero vacío de seguridades, el hombre buscador de sentido y de plenitud a partir del claro oscuro de lo cotidiano vivido en la presencia de Dios.

En la escucha y puesta en práctica de la Palabra los discípulos se convierten en familia de Jesús. Desde esta perspectiva se entiende que los hogares cristianos puedan ser llamados en verdad Iglesias Domésticas. En ellas la dimensión comunitaria y eclesial de la familia se convierte casi en sacramental porque a través de sus relaciones, tanto las íntimas como las externas, se vive y se transmite el evangelio de la salvación y de la vida.

En la relación entre los esposos reside el principio cristológico de la familia expresado en el amor de gozo, de perdón y de fidelidad entre ellos como icono de la Alianza de amor entre Cristo y la Iglesia fundada por él, y el pacto de amor entre el Creador y

toda criatura. La actitud de sumisión mutua por amor a Cristo orienta todos los deseos legítimos y reconduce aquellos otros egoístas hacia el bien comunitario de la familia humana que en Cristo es familia de Dios. ¡Felices los esposos que se saben ministros del amor de Dios!

En la comunión familiar se refleja su origen trinitario de amor y de unidad en el cual todas las personas han sido creadas, creadas para vivir en relación y comunión de vida y de sentido. ¡Felices los hijos que aprenden desde la cuna la fe y la humanidad según el evangelio!

Y, finalmente, la opción social comprometida de la familia cristiana forma parte del absoluto del Reino de Dios que cada generación experimenta al mismo tiempo como presente imperfecto y futuro mejorable. En tanto que la comunión de vida familiar, el perdón y la fiesta acompañan y fortalecen la fragilidad de todos sus miembros, su testimonio se convierte en profético y se manifiesta liberador de unas relaciones que pueden resultar asfixiantes.

En el corazón de la plegaria que es la Eucaristía encontramos el ejemplo de reconciliación de Jesús mismo a través de su donación sin límites. Su entrega nos abre el corazón a la paz y empuja nuestro espíritu hacia la sana libertad para poder hacer y compartir la verdad.

El misterio salvador de la sagrada familia convive con el mal presente en la violencia contra tantos santos inocentes. La solución, sin embargo, no es una violencia preventiva, ésta sólo trae más sufrimiento y conduce al exterminio, la respuesta es la unidad y la comunión en el bien de los que creen en la Palabra como vehículo de diálogo y vínculo de solidaridad.

Navidad nos trae el gozo profundo y la alegría inmensa de ser familia de Dios, y no renuncia a despertar el corazón de todas las personas con este sueño que en José empezó a realizarse y ha sido cumplido en plenitud en Jesucristo.